

*Infancias, desigualdad urbana y agencia: niñas y niños que producen, circulan y juegan*

**Rocío Fatyass**

UNIVERSIDAD NACIONAL DE VILLA MARÍA (UNVM); CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS (CONICET); CENTRO DE CONOCIMIENTO, FORMACIÓN E INVESTIGACIÓN EN ESTUDIOS SOCIALES (CCONFINES)

---

**ABSTRACT**

---

In this article I analyse multiple practices, meanings and relations of social reproduction produced by a group of children between 8 and 12 years old, in contexts of urban inequality, from Villa María, Córdoba, Argentina. The discourse revolves around questioning how children from the popular classes "work the world they inhabit" as social agents, in order to problematise and make visible these children's experiences and their creative capacity, which, with relative autonomy from structural constraints, sustain their survival and social integration.

**Keywords:** Childhood; urban inequality; agency; work.

En este artículo analizo múltiples prácticas, significados y relaciones de reproducción social producidas por un grupo de niñas y niños entre 8 y 12 años, en contextos de desigualdad urbana, desde Villa María, Córdoba, Argentina. La reflexión se organiza a partir de interrogar cómo niñas y niños de clases populares en tanto agentes sociales "trabajan el mundo que habitan", para así problematizar y visibilizar estas experiencias infantiles y la capacidad creadora de niñas y niños, quienes con relativa autonomía de las restricciones estructurales sostienen su supervivencia e integración social.

**Palabras clave:** Infancias; desigualdad urbana; agencia; trabajo.

## Objeto, situacionalidad y método

El trabajo infantil en las agendas de desarrollo humano y de investigación se presenta como un lugar privilegiado para examinar cómo se estructuran (o actualizan) las desigualdades sociales desde un lente intergeneracional. Particularmente en América Latina, el trabajo infantil puede ser considerado un problema social (Lenoir 1993) en tanto busca ser prevenido por políticas, organizaciones y agentes estatales y no estatales que apuntan a la erradicación del trabajo infantil, de acuerdo con resonancias proteccionistas de la Convención Internacional de los Derechos del Niño (CDN) y de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), que dictamina al trabajo infantil como todo aquel que priva a las niñas y a los niños de “una niñez” y que es perjudicial para su desarrollo físico y psicológico. Desde estas retóricas abolicionistas, niñas y niños son definidos como inocentes y vulnerables: este sujeto infantil en abstracto sólo juega y depende estrictamente de los/as adultos/as para el sostenimiento de su vida. Estos presupuestos si bien apuntan al bienestar infantil, parten de “un niño universal”, abstracto, dislocado social, temporal y espacialmente, de allí algunas de sus limitaciones. En distancia con estos señalamientos, mis investigaciones territorializadas sobre niñas y niños que trabajan manifiestan que sus prácticas no se restringen a tareas con escasa significatividad social.

En efecto, las categorías disponibles y dispositivos hegemónicos para gestionar la infancia trabajadora en situación de pobreza en América Latina renuevan modalidades de gobierno, control y sujeción, pues históricamente estas niñas y estos niños han sido perseguidos por sus estrategias de reproducción social y por su circulación y presencia en las calles (Allemandi 2017). Los agentes que intervienen en el gobierno humanitario de la infancia ( Fassin 2016) defienden regímenes dominantes de deseabilidad sobre el bienestar de niñas y niños que aglutinan retóricas, clasificaciones y sentimientos morales, como la compasión, la contención y el deseo de rescatar a la infancia trabajadora, al tiempo que niegan la capacidad productiva (y política) de niñas y niños de clases populares. Bajo estas matrices de prácticas y sentidos que apelan a la salvación de la “infancia pobre”, se sentencian ciertos comportamientos y narrativas infantiles como posibles de ser validados y audibles para los proyectos políticos, mientras otros repertorios infantiles son condenados y/o negados.

En tensión, mi intención en este artículo es demostrar la heterogeneidad de las experiencias infantiles, es decir, la capacidad creadora de niñas y niños de clases populares que desde diferentes y desiguales cursos de acción procesan su condición infantil y sostienen su vida social.

Adscribo a un enfoque situado (Haraway 1988) que subraya mi propia implicación en el proceso de estudio (como objetividad encarnada) y, a la vez,

advierte que la pregunta de investigación sobre cómo niñas y niños de clases populares "trabajan el mundo que habitan" está localizada según contextos geopolíticos, en este caso, con relación a la desigualdad social persistente (Tilly 2000) propia del Sur global. Vale acentuar que sostuve esta pesquisa participando activamente en los escenarios de estudio como tallerista y como investigadora, llevando adelante prácticas de extrañamiento, interpretación e intervención reflexiva en diálogo con una epistemología feminista que invita a "pensar con cuidado" (Puig de la Bellacasa 2017) las articulaciones semióticas, materiales y afectivas, en esta oportunidad, con respecto a los sujetos infantiles (Cruz, Reyes y Cornejo 2012). De tal modo, los datos e implicancias de este proceso de investigación (e intervención) precedente son colocados aquí desde nuevas discusiones.

La perspectiva del conocimiento situado se define, además, por la vinculación entre las prácticas de los sujetos, las temporalidades históricas y las heterogéneas condiciones de vida no como mero "entorno" sino en tanto relaciones de poder estructurales en y entre los grupos sociales con efectos en la vida cotidiana. En otros términos, busco visibilizar cómo niñas y niños solventan su reproducción e integración material, social y simbólica desde una tensa complementariedad (Szulc 2019) entre las condiciones de desigualdad, sus restricciones y las posibilidades de agencia.

A partir algunos resultados de mi investigación doctoral, pretendo contribuir a un campo de debates preocupado por el trabajo infantil, con lentes en las múltiples experiencias productivas de niñas y niños y las lógicas de acción infantiles situadas. Dicha tesis de doctorado se centró en las prácticas de niñas y niños en una escuela primaria y en un taller de educación popular<sup>1</sup>, ubicados en dos barrios empobrecidos (aquí nombrados como LC y LP) en la ciudad de Villa María, Córdoba, Argentina<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> La escuela está ubicada en un barrio periférico de Villa María, Córdoba; para el momento de la investigación contaba con una matrícula de 60 estudiantes y un cuerpo docente integrado por 8 maestras, una directora y una portera. Por otro lado, el taller de educación popular tiene lugar en otro barrio de la ciudad, con presencia regular de un grupo de 20 niñas y niños, sumado a un equipo de educadoras y educadores estudiantes, graduados, docentes y/o investigadores del campo de las ciencias sociales. Los talleres en clave de educación popular llevan adelante tres acciones superpuestas: actividades culturales, recreativas y procesos de alfabetización en espacios no formales; prácticas de transferencia y difusión de las problemáticas asociadas a la niñez en diferentes espacios de la ciudad y académicos; y plenarios de formación desde donde se repiensen las intencionalidades políticas-pedagógicas, se garantizan capacitaciones para las y los educadores, y se reorganizan las planificaciones de los talleres.

<sup>2</sup> Villa María se encuentra ubicada en el centro geográfico del país, siendo la tercera ciudad más importante de la provincia de Córdoba, luego de la capital y Río Cuarto, contando con 88.600 habitantes según el último censo del Instituto Nacional de Estadística y Censos de la República Argentina (INDEC). De acuerdo con el Centro Estadístico Municipal a partir de los resultados

Desde las conclusiones de investigaciones antecedentes (Pavcovich, Fatyass, Iriarte y Ochoa 2019; Fatyass 2019), es posible caracterizar a los barrios LC y LP como territorios conformados principalmente por pobres estructurales y, en menor medida, por grupos sociales medios bajos. Estas configuraciones sociales, aunque diversas entre sí, se ubican en una posición subordinada en el espacio social general en la ciudad de Villa María (Córdoba), en función de la acumulación objetiva del capital económico y cultural de sus habitantes (Bourdieu 1979). Asimismo, los datos expresan que estas poblaciones presentan una fuerte dinámica de organización vecinal y establecen contactos con otros actores mientras participan activamente de las instituciones (estatales o no estatales); capital social que es cultivado en los arreglos familiares y forma parte, con especificidad y de manera renovada, de los itinerarios infantiles.

Por su parte, en el trabajo de campo doctoral que funciona como marco de este escrito, utilicé especialmente registros de observación participante y entrevistas semi-estructuradas dirigidas a adultos, adultas y a niñas y niños (entre 8 y 12 años), cuyas perspectivas emergen en este caso entre comillas y en *itálica*<sup>3</sup>, en pos de superar los tratamientos que inscriben la "voz" de la infancia de modo escueto, fragmentando y despolitizado. Vale aclarar que los nombres mencionados son ficticios para el resguardo las identidades involucradas, si bien conté con el consentimiento informado de las y los sujetos participantes, es decir, el proceso de investigación fue explicitado y las entrevistas fueron autorizadas por los propios niños y niñas (y las adultas y adultos de sus familias), quienes decidieron hablar y formar parte del proyecto.

Asimismo, es preciso señalar que la etnografía (Guber 2001) como método central en esta investigación permite caracterizar cualitativamente, comprender y analizar el modo en que los agentes sociales viven y significan en prácticas y discursos los fenómenos sociales. La etnografía posibilita, en esta oportunidad, mi encuentro con las niñas y los niños (desde nuestros distintos clivajes de clase, generación y género), y crea conocimiento que no es ni la explicación nativa, ni el esquema teórico inicial, sino una forma de dar a conocer el nuevo arreglo que emerge de lo concreto vivido.

---

obtenidos con la Encuesta Trimestral de Hogares, realizada a una muestra de 803 familias en los 39 barrios de la ciudad, en el segundo semestre de 2018, el 28,8% de la población vive en condiciones de pobreza o indigencia (25,3% de hogares están en situación de pobreza y 3,5% en situación de indigencia) (Centro Estadístico Municipal, Villa María, 2018).

<sup>3</sup> Por otro lado, las palabras que solamente se entrecomillan hacen alusión a conceptos y/o acentuaciones particulares en la redacción. Vale aclarar además que el lenguaje escrito no niega las posiciones de género de las y los sujetos involucrados, por ello, utilizo diferentes estrategias para visibilizar esa condición.

En suma, en este artículo expreso analíticamente las diversas y complejas experiencias infantiles y las prácticas de agencia que niñas y niños de clases populares producen enérgicamente, en pos de despuntar enfoques restringidos que se anudan en estas discusiones y limitan la comprensión de los procesos de reproducción intergeneracionales. Desde este enfoque contextual sobre el trabajo infantil (Frasco Zuker 2019) problematizo la condición productiva, social y política de las infancias de clases populares.

### **Enfoques sobre el trabajo infantil**

En América Latina los estudios académicos de las últimas décadas sobre trabajo infantil, sumado a la presencia de políticas tendientes a su prevención y erradicación, siguen en gran medida los lineamientos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), que lo define como toda actividad que priva a las niñas y a los niños de su niñez, su potencial y su dignidad, y que es perjudicial para su desarrollo físico y psicológico (Rausky y Leyra Fatou 2017). Esto incluye la producción por parte de niñas y niños de bienes y servicios, el limosneo y su participación en actividades domésticas que implican una dedicación que imposibilitaría la escolarización de tales niñas y niños. Asimismo, según la OIT, es trabajo infantil toda actividad económica y/o estrategia de supervivencia, remunerada o no, realizada por niñas y niños por debajo de los 16 años, edad mínima de admisión al empleo para el caso de Argentina.

La mirada de la OIT se vuelve especialmente problemática cuando al evidenciar las condiciones de trabajo infantil (en el ámbito familiar o por fuera de él) éstas son definidas a priori como “malas condiciones”. Desde aquí, muchos defensores de la perspectiva abolicionista parten de esencializar el carácter del sujeto infantil como aquel que sólo juega y es dependiente en la resolución de la vida, así como romantizan los ambientes en los que se debe criar y cuidar a las niñas y a los niños, reduciendo la capacidad de estas/os a realizar tareas llamadas de “baja intensidad” y con escasa significatividad social (Frasco Zuker Fatyass y Llobet 2021).

En el marco de estas discusiones, las políticas que reglamenta la OIT aceptan solamente algunas expresiones de trabajo doméstico bajo el rótulo de child work y rechazan lo que usualmente se define como “peores formas de trabajo” o como child labour, en tanto actividades consideradas trabajo “duro” (Rausky y Leyra Fatou 2017). Entre estas últimas no es menor indicar la vulnerabilidad que conlleva, por ejemplo, el trabajo de niñas y niños en conflictos armados y/o la explotación sexual infantil, en donde las posibilidades de agenciamiento son adversas o nulas. Entre las “mejores formas de trabajo”, por su parte, se reconoce la participación infantil en particulares arreglos familiares si estos son considerados como condición para la transmisión de un patrimonio de

saberes (legítimos) y para la construcción de sucesores en la actividad desarrollada por las y los adultos del grupo doméstico (Padawer 2010).

En este último punto es posible argumentar que algunas estrategias de vida son valoradas positivamente y otras denegadas, subrepticamente se definen modos de cuidado y crianza aceptables en oposición a los indeseables (Freidenraij 2020), así por ejemplo, la intromisión de niñas y niños en el negocio familiar en las clases medias que contribuye a ejercitar la capacidad de contabilidad en los sujetos infantiles (Miller 2005) podría colocarse como “mejor forma” de trabajo infantil, mientras que aquellas niñas y aquellos niños que salen a cartonear<sup>4</sup> con sus hermanos y hermanas y/o con su padre y madre en muchas ciudades de Argentina emergen como escenas que conducen, muchas veces, a la intervención estatal familiar y a posibles procesos de institucionalización de esta “infancia pobre”.

Estas conceptualizaciones generan entonces diferentes tratamientos para las infancias que responden a la perpetuación de los enclasmientos sociales. A su vez, estas definiciones nutren una condena social que oculta no sólo la estructura de poder intergeneracional sino las propias lógicas de agencia infantil para lidiar con esas desigualdades.

Por otro lado, queda fuera del debate inicial de la OIT cómo el trabajo infantil, en ocasiones, se articula con prácticas culturales, de socialización y comunitarias. Pesquisas de Remorini junto con Laplacette (2020), en cercanía con los planteos de Szulc (2019) sobre la infancia indígena latinoamericana, posibilitan repensar las ecologías del cuidado infantil y advierten que la distribución y la realización de las tareas productivas y reproductivas en los hogares en contextos rurales coordinadas por las y los adultos, se vuelven disposición (Bourdieu 1996) en las niñeces: el “estar pendientes de otros” y formar parte activa en las labores de la comunidad (como juntar agua, preparar alimentos y buscar leña), conforman procesos de crianza de niñas y niños, sin abolir la agencia de estas y estos, ni someterlos necesariamente a situaciones límites. Niñas y niños desarrollan habilidades complejas, aprendiendo a través de múltiples vías y recursos que sus entornos les ofrecen, entre ellos la observación y la imitación juegan papeles centrales, así como introducen innovaciones que muestran actitudes empáticas mediante las cuales ensayan formas de comunicación, sincronización y colaboración sofisticadas, convirtiéndose en agentes de su propia socialización en espacios socialmente estructurados.

---

<sup>4</sup> Esta estrategia de supervivencia consiste en recolectar por las calles de las ciudades cartón, otros derivados del papel u otros elementos (como cobre, plástico, etc.), productos de los residuos urbanos, utilizados luego para el reciclaje y/o su comercialización.

No es menor indicar que existen otros estudios proclives a posturas regulacionistas del trabajo infantil y movimientos sociales que llaman a pensar estas cuestiones en conexión con las experiencias de niñas y niños trabajadores organizados y comprometidos políticamente, desde el paradigma de la participación y el protagonismo, interpelando el enfoque de derechos disponible (Morales y Magistris 2018), lo que suma más complejidad a los entramados del trabajo desarrollado por niñas y niños.

Constan, por ende, algunas discusiones que giran sobre las aportaciones del trabajo de niñas y niños a la autonomía infantil, al aprendizaje y al sostenimiento de la vida (Palomo 2008), mientras otras indican los riesgos del trabajo infantil y su vínculo intrínseco con la pobreza, en cierta sintonía con los lineamientos de la OIT y sus definiciones sobre las "peores formas de trabajo infantil". Es mantener subrayar, por tanto, que la participación infantil en arreglos de trabajo en ocasiones actualiza determinadas modalidades de vulnerabilidad social que requieren ser revisadas con detenimiento y en contexto. En otros términos, comprender el nivel de la práctica y de las experiencias como relaciones sociales, vividas y situadas (Williams 1997) también demanda introducir críticamente el nivel estructural (desigual) de la acción, sin sobreestimar el aporte social y económico de niñas y niños trabajadores bajo cualquier circunstancia.

En efecto, algunos estudios socio-antropológicos (Liebel 2016) han mostrado cómo los sentidos y consecuencias del trabajo infantil resultan indisociables del contexto en el que ocurren, de acuerdo con relaciones sociales complejas, cambiantes y superpuestas. Esto recuerda la episteme de la totalidad que atraviesa las teorías de Zelizer (2009) y su advertencia de no caer en la división de "los mundos hostiles", así como Williams (1997) llama a pensar las experiencias sociales en el marco del proceso social total, material, simbólico, conflictivo y abierto de la vida. Estos aportes permiten entender que niñas y niños participan de "la vida toda", es decir, no están necesariamente excluidos de la economía y/o de la política, y dicha participación posee particulares condiciones de producción social.

Desde una perspectiva relacional de la infancia (Mayall 2002), en este artículo reconozco que niñas y niños de clases populares producen valor social (es decir agregan valor de uso a bienes, servicios y relaciones) y están expuestos a la lógica del mercado (aunque sus prácticas no siempre se imbriquen directamente con el dinero), lo cual no destruye per se ningún carácter de infancia virtuosa.

Niñas y niños en condiciones de subalternidad llevan a cabo un trabajo relacional (Zelizer 2009) que las y los posiciona en redes de relaciones diferenciadas desde donde sustentan y negocian los significados y las intersecciones entre las actividades económicas y las relaciones sociales más

íntimas. Si bien los agentes se esfuerzan por definir los límites sociales, las “esferas” de la vida están conectadas: niñas y niños producen prácticas que involucran aspectos materiales, simbólicos y morales que compromete el trabajo. En tal sentido, el carácter fructuoso de la infancia no puede ser negado en las sociedades contemporáneas.

El trabajo infantil, como proceso de resolución de la vida, y no sólo en términos económicos y de supervivencia, se conecta así con otras dimensiones como las afectivas, las recreativas y las de socialización que son diferencialmente procesadas según posiciones de clase, género y edad y de acuerdo con las diversas trayectorias familiares de niñas y niños.

Niñas y niños en contextos de pobreza trabajan no sólo en las tramas domésticas, también demuestran ser agentes productivos (Mayall 2002) en espacios barriales y en sus instituciones. En otros términos, en lo doméstico y en el ámbito público niñas y niños incorporan competencias según la división social y generizada del trabajo, muchas veces de manera invisibilizada. Asimismo, niñas y niños “van ganando agencia” en el marco de sus contextos barriales desde redes de circulación e intercambio ampliadas que las y los vinculan con otros agentes y organizaciones que se inscriben en sus vecindarios (o por fuera de estos).

Esto permite entender, tal como luego expongo, cómo niñas y niños solicitan recursos en el marco de las instituciones territorializadas u organizaciones sociales de las que forman parte activa, abriendo un espacio de negociación en el cual hacen valer (sin ser un cálculo mecánico) su lugar como niños/as en situación de pobreza y las sensibilidades modernas asociadas a tal posición. Las prácticas de agencia infantil movilizan entonces emociones, jerarquías sociales y recursos, pues niñas y niños de clases populares, en tanto tales, reciben atenciones especiales. Todo esto no está ciertamente exento de consecuencias sobre el doble proceso de subjetivación y sujeción de estas infancias, aunque no clausura las posibilidades de agencia.

De tal manera, niñas y niños son portadores de un capital simbólico que les pertenece en su condición infantil. A partir de esta adscripción niñas y niños establecen relaciones con otros agentes y amplían sus posibilidades de acumulación y reconversión de capitales. Incluso, el enfoque de derechos actual (CDN) y las sensibilidades que enlaza ofrece narrativas para dotar de sentido a las experiencias y, complementariamente, es un recurso relevante del que hacen uso estratégico niñas y niños, de modos más o menos reflexivos o razonablemente en el sentido bourdiano (Frasco Zuker Fatyass y Llobet 2021). La vida de niñas y niños en situación de pobreza recibe tratamientos especiales, así como intromisiones estatales, que niñas y niños utilizan en sus negociaciones cotidianas.

Niñas y niños que trabajan encuentran en estas tramas situadas espacios, tiempos y relaciones para extender su inscripción territorial y social, mediante vínculos, reciprocidades e intercambios con otros adultos/as y con otros pares que posibilitan que ellas y ellos lidien con sus condiciones de existencia desiguales, sin que esto sea un mero cálculo instrumental, más bien representa un sistema de relaciones complejo e incorporado.

Ni las prácticas disposicionales ni las peticiones llevadas adelante por las niñas y los niños para sustentar su reproducción social significan una “práctica teatral”: las condiciones de existencia son vividas desde el cuerpo, según formas de hablar, hacer, interactuar en la casa, en la calle y en las instituciones. Se trata de un cuerpo social infantil, comprometido con un sentido práctico, que se va moldeando en derroteros individuales y sociales, y que por momentos pone en juego una reflexividad sobre cómo manipular lo aprendido y el lugar que se ocupa dentro de un espacio social específico. La disposición enfocada desde la agencia admite matices, tales como los plantean Adkins y Skegges (2003) en su relectura de Bourdieu: este saber actuar infantil no significa una internalización total sino que se actualiza coyuntural y espacialmente, así pues niñas y niños ponen en práctica una "reflexividad en situación", saben cómo moverse en función de lo aprendido y de lo probado en contexto con “efectos positivos”; me refiero a un estado de la conciencia que complejiza la disposición a actuar como mera reacción y repetición.

A partir de este estado de la cuestión, es posible reconocer la amplitud, intensidad y complejidad de las relaciones y prácticas de trabajo tendidas por niñas y niños. Posteriormente, desde los emergentes del campo, intento mapear cómo niñas y niños "trabajan el mundo que habitan" haciendo foco en sus prácticas productivas, sus modalidades de circulación y formas de establecer lazos con otros grupos y generaciones. Abordar las experiencias infantiles supone, en diálogo con los trabajos de Hernández (2017), trazar, reconocer e interpretar las múltiples prácticas, actores y sentidos que se enredan en estas experiencias, según cómo niñas y niños, en especial de clases populares, comparten tiempos y espacios con otros, ampliando sus formas de sociabilidad y diversificando sus actividades en contextos de ciertas privaciones materiales.

Los conceptos centrales que organizan la discusión señalan entonces que las estrategias de trabajo enlazan intersecciones enclasadas, generizadas y generacionales en niñas y niños; prácticas y relaciones sociales que muchas veces son condenadas desde los discursos y políticas del gobierno de la infancia, mientras que en este artículo buscan ser reconocidas en situación y examinadas críticamente.

## Niñas y niños que trabajan: pedir, circular, a veces jugar, estar con otros

En este apartado me detengo en recuperar los registros etnográficos y las perspectivas de los agentes infantiles para interpretar las diversas modalidades de trabajo llevadas adelante por niñas y niños. Primero, presento estas dimensiones enlazadas con prácticas de cuidar autos a cambio de propina (como retribución económica), desarrolladas por un grupo de niños en el barrio aquí llamado LC.

Segundo, expreso algunas similitudes y diferencias articuladas en el “salir a pedir”, prácticas de limosneo desplegadas por otro grupo de niños que habitan el barrio LP. Vale señalar que el “salir a pedir” de estos niños de LP no incluye “*cirujear*”, como indica la categoría nativa, junto con los/as adultos/as del grupo familiar, cuya segunda actividad está referida a buscar cartones, cobres u otros con elementos para su posterior venta. El ejercicio de “salir a pedir” en este caso rastrea prácticas infantiles generizadas relacionadas con solicitar recursos a los/as vecinos/as y a las instituciones del barrio, a partir de una red de relaciones particulares que no implican prácticas estrictas de comercialización, ni son llevadas adelante junto con los/as progenitores/as.

De modo integral, doy cuenta cómo la división social y generizada del trabajo se experiencia en las niñas de ambos territorios, desde algunas analogías y distinciones.

Antes de avanzar, resulta menester contextualizar brevemente estos itinerarios de acción que tienen lugar en una ciudad del interior del país (Argentina) como es Villa María. En el 2017 en el marco de un programa municipal llamado “Estamos con Vos” se relevaron algunos datos estadísticos sobre la situación de las niñas y los niños que trabajan especialmente en las calles, destacando que los niños entre 11 y 15 años se involucran en estos derroteros por sobre las niñas, limpiando vidrios, vendiendo mercadería, o por medio de prácticas de limosneo. Asimismo, ellos se encuentran escolarizados a nivel primario y muchos pertenecen a familias monoparentales motivo por el cual estas estrategias infantiles contribuyen, en parte, a los arreglos domésticos de subsistencia<sup>5</sup>. Para complejizar este punto de partida, mostraré seguidamente que las experiencias de trabajo de niñas y niños no se limitan a la supervivencia material y familiar, envuelven otros sentidos complejos.

---

<sup>5</sup> Cabe destacar que la mayoría de estos tránsitos por el espacio público y actividades de trabajo son lideradas por jóvenes varones de clases populares, entre 16 y 18 años, quienes, según el mencionado informe municipal, no continúan sus estudios secundarios.

*Niños que cuidan autos a cambio de propina en el barrio LC: configuración de una identidad propia*

En el barrio LC, un grupo de niños se dedicaba a cuidar autos en el cementerio municipal que forma parte de este vecindario. Estos niños producían formas de valor e intercambio al interior del grupo de chicos: al conseguir dinero y distribuirlo entre pares, satisfacían el pago de algunos recursos como comprarse ropa y/o zapatillas (muchas veces usadas), "tomar la Coca"<sup>6</sup>, o, en ocasiones, contribuir en la canasta familiar.

Este trabajo desarrollado en las tardes, por fuera del horario escolar, significaba una particular manera de transitar la condición infantil y la vida en el barrio, sin una dirección explícita de los/as adultos/as del grupo de parentesco. Así, por ejemplo, Alexis de cuarto grado comentó en su entrevista que ir al cementerio a cuidar autos con amigos era divertido; expresó "me ayuda a conseguir monedas para mí"; indicó además que su madre desconocía su implicancia en este escenario, y quizás podría impugnar dicha participación.

En LC, muchos de los niños que iban a la escuela primaria trabajaban en el cementerio, en negocios familiares y/o limpiando vidrios a veces acompañados de sus hermanos mayores. No obstante, esta información no era tan explicitada por ellos, ni comentada por las maestras, de hecho, descubrí dicha condición cuando los entrevisté, luego de tres años de compartir tiempo y actividades en el marco de un proyecto de extensión universitario enmarcado en la institución educativa del barrio, desde donde puede inscribir la investigación.

En este marco, los niños se sintieron convocados por la situación de entrevistas, como una oportunidad para contar otras historias sobre sí, más allá de la posición de alumnos: la agencia en relación a este instrumento metodológico manifiesta que niñas y niños son capaces de entender, desde su lugar infantil, qué implica una investigación, sostener la interacción para dar cauce a los intereses adultos y colocarse, en este caso, en el lugar del entrevistado/a, y a partir de allí instalar sus puntos de vista, como agentes con capacidad de significación y reflexión sobre lo social (Maynes 2008).

En otro orden, las imágenes hegemónicas de un niño trabajador desganado, apesado incluso corporalmente en esa posición, que no puede soportar su escolaridad, tal como retratan las definiciones sobre trabajo infantil de la OIT, necesitan ser revisadas desde este contexto específico, pues estos niños se las rebuscaban para sostener su condición como estudiantes y además tenían una vida muy activa fuera de la escuela, lo que advierte sobre las múltiples experiencias e identidades infantiles en espacios sociales desiguales.

---

<sup>6</sup> La expresión nativa hace referencia a consumir una bebida gaseosa.

Asimismo, es posible pensar que la contradicción trabajo-escuela puede sostenerse, para el caso, desde los atributos reconocidos a estos niños por los agentes pedagógicos, quienes representaban generalmente a niñas y niños como incapaces de aprender y como desobedientes del orden escolar, relacionando de modo mecánico las privaciones materiales de estos grupos con la imposibilidad de ellos/as para significar y resolver la vida social (Fatyass 2019). En oposición, fuera del espacio escolar, especialmente los niños, se posicionaban como agentes capaces de hacer cosas significativas para su grupo de pares, para mantener, reparar y mejorar su vida cotidiana.

De tal modo, niños como Alexis, Álvaro y Mateo, realizaban actividades diversas por fuera de la escuela, contribuyendo en los quehaceres del hogar, comprometiéndose en negocios familiares a cambio de algunas compensaciones económicas (como atender un kiosco en el caso de la familia de Mateo, cuando su padre estaba ausente), y/o por medio de la tarea de cuidar autos en el cementerio del barrio, con autonomía relativa de las lógicas familiares.

Vale subrayar que estos niños cuidaban autos sin salir del propio territorio, sólo algunos trabajaban en las afueras del barrio, limpiando vidrios, muchas veces con hermanos adolescentes y/o jóvenes. Trabajar dentro del barrio da cuenta de la espacialidad de estas prácticas pues era en ese marco donde los niños manifestaron sentirse seguros y cómodos para pasar el tiempo con pares, mientras pedían monedas en el estacionamiento a los visitantes del lugar.

Contrario a lo que se evidencia en muchos estudios sobre el trabajo infantil, cuidar autos no era considerado un juego. Los niños expresaron en sus narrativas que ir a vigilar los vehículos era un tiempo para estar con amigos mientras los transeúntes adultos recorrían el cementerio, igualmente, los niños subrayaron en sus discursos que *“no estamos jugando”*.

Álvaro de 11 años, quien solía ser clasificado por los agentes pedagógicos como un alumno con problemas de aprendizaje, me contó que cuidar autos era un *“trabajo verdadero”*, como la usual práctica de los jóvenes de sectores populares que limpian vidrios en las esquinas de la ciudad, sólo que resguardar automóviles se diferenciaba por ser una tarea más amena, compartida desde una posición de género y edad con otros chicos:

R: ¿y cómo es cuidar autos, está bueno, es difícil?

A: es un trabajo de verdad, verdadero, es más fácil, no es como limpiar vidrios, porque algunos autos son grandes y no llegas [...] nos peleamos porque mi hermano o los grandes eligen los autos más sucios, y yo los más nuevos que te dejan menos plata [...] no te aburre limpiar vidrios, pero tenes que estar muchas horas, esperando hasta que saques mucha plata [...] yo le doy más o menos unos 50 pesos a mi mamá y lo otro me lo dejo para mí. Cuando cuidamos autos entre

los chicos de acá del barrio, nos ayudamos más entre todos (Entrevista a niño, escuela, 2017).

En suma, los niños se esforzaron en sus relatos por demostrar la importancia moral y social de su trabajo, en un intento de visibilizarlo socialmente. Cuidar automóviles era una responsabilidad asumida y, a su vez, esta estrategia (en el sentido bourdiano) envolvía disputas simbólicas. En efecto, los niños se diferenciaban de aquellos jóvenes (o niños de otros barrios) que limpian vidrios y/o hacen malabares en las esquinas de la ciudad, a la par ponían en valor su propia actividad productiva situada.

Los niños de este estudio mencionaron, por ejemplo, que hacer malabares era "*cosa de hippies*" por ello destacaban la importancia de que los ciudadanos contribuyan con dinero pues estos malabaristas, desde el punto de vista infantil, estarían realmente en condiciones materiales adversas. Por su parte, cuidar autos, tal como lo hacían ellos, no era de suma necesidad, no obstante, representaba un trabajo "*serio*", "*necesario*" e "*importante*" para la dinámica del lugar, para evitar robos y para ayudar a los/as visitantes:

B: si ese auto lo estas cuidando vos, y al auto le pasa algo te haces responsable, la otra vez yo estaba cuidando un auto y una señora se bajó, se fue y vino un hombre que tenía un auto igual, lo agarró y se abrió el auto, y yo le dije señor ese auto no es de usted, el de usted está de aquel lado (Entrevista a niño, escuela, 2017).

Según los niños conseguían dinero mientras estaban con amigos, sin estorbar a los/as adultos/as a diferencia de otros trabajadores callejeros. En una entrevista Brian de 12 años, otro niño involucrado en el trabajo de cuidar autos comenta:

R: ¿y el limpiar vidrios qué sería?

B: algo así como una changa (...) es un trabajo, pero muchas veces molestan

R: ¿y cuidar autos qué es, un trabajo, un juego, una changa?

A: no porque yo los tengo que cuidar, si pasa algo, no es un juego para nosotros, tampoco una changa, es un trabajo importante y necesario (Entrevista a niño, escuela, 2017).

Estas prácticas iban enlazando entonces procesos de diferenciación dentro de la misma clase y entre generaciones, en distancia particular con los limpiavidrios, generalmente jóvenes de clases populares y/o niños de otros barrios. A la par, estas actividades sujetaban formas de reconocimiento social con modos de redistribución de los bienes, es decir, los niños concertaban de algún modo ante qué situaciones era legítimo recibir dinero, qué identidades se

movilizaban en estos procesos, qué actividades podían ser consideradas trabajo y cuáles no.

Como advierte Zelizer (2009), las esferas del ocio y la resolución económica pueden cruzarse ya que los propios niños combinaban en sus experiencias “cuidar autos” y “pasarla bien”, afirmando que el cementerio era como “una fiesta”, “hay un hombre que vende pochoclo, es lindo, no es como hacer otras cosas”, en palabras de los propios protagonistas. Estas prácticas y narrativas diversas configuran la complejidad de estas experiencias infantiles de trabajo, en donde conviven producción, intercambio, usos de los recursos, de los tiempos y de los espacios.

La tarea de cuidar automóviles a cambio de propina convertía a los niños, desde sus propias presentaciones, en una especie de veladores del orden social en pos del bienestar adulto. La justificación del trabajo infantil en este caso se inscribe en una explicación que los propios niños necesitan dar a sus prácticas para validarlas. Esto forma parte de las propias condiciones de producción de esta práctica de agencia: en un barrio pobre y estigmatizado tener un trabajo “verdadero”, sostiene una apuesta identitaria que pareciera abrir así el abanico de los posibles e intenta colocar al trabajo en un lugar no tan condenable.

Alexis, Brian, Álvaro y Mateo, eran niños entre 11 y 12 años, quienes además compartían trayectorias escolares similares pues la mayoría había repetido de grado y solían ser descalificados por las docentes en su condición de alumnos; ellos narraron sobre sus itinerarios de trabajo y los valorizaron, como forma de mostrar lo que podían hacer fuera de la escuela.

Es posible señalar, en definitiva, que los niños de este barrio empobrecido usaban el tiempo libre, circulaban en lo extenso del propio territorio y formaban parte de otras instituciones o escenarios más allá de la escuela.

Gran parte de este grupo de chicos asistían a un programa estatal municipal llamado “Nuevas Oportunidades” donde se organizaban talleres culturales para niñas y niños (en la práctica con mayor presencia de niños), espacios que, en ocasiones, permitía la confección de productos (como libretas y alcancías) para su posterior venta, a partir de la mediación de los/as talleristas. Tanto en el marco del programa estatal como en el contexto del cementerio cercano a sus viviendas, los niños encontraban diferentes intersticios para “pasar el rato con los chicos” y obtener dinero. Por tanto, no necesariamente estas prácticas productivas los exponían a situaciones de vulnerabilidad brutal, aunque no pueden entenderse por fuera de las trayectorias enclasadadas de estos sujetos, desde una mirada relacional con otras infancias.

Los niños entonces obtenían recursos, afirmaban su identidad como grupo de niños, de amigos, gestionaban sus oportunidades de ocio por fuera (o por dentro) de los entramados institucionales, mientras sostenían sin una

racionalidad calculada procesos de distinción social frente a otros niños y jóvenes trabajadores de otros territorios, poniendo en valor “lo sé es y lo que se tiene” en el sistema de enclasmientos (Bourdieu 1979).

Estas prácticas de agencia disposicionales, no instrumentales, aprendidas, hechas cuerpo, se distancian de los planteos racionales, individuales y románticos que priman en los estudios de infancia (Lancy 2012), que sostienen dos imágenes dicotómicas: por un lado, niños/as que sólo juegan o son definidos sobre todo en esa actividad, por otro, niños/as que trabajan y dirimen racional y explícitamente sobre su condición de trabajadores. En cambio, las prácticas infantiles están aquí más enlazadas con procesos de socialización según matrices incorporadas de clase, género y edad. Estos discursos infantiles si bien disputan sentidos identitarios no lo hacen directamente: los niños cuidadores de autos no se autodefinían como trabajadores políticamente organizados<sup>7</sup>, sobre todo no se encontraban cotidianamente movilizados en esa reivindicación, sólo en el momento de las entrevistas expusieron de modo más furtivo que no estaban jugando. Lo anterior no niega, que los niños sostenían cierta diferenciación generacional y de género en y entre los grupos sociales. En este caso la identidad se teje más cercana a la vida como es sentida y vivida (Williams 1997).

Justamente, en el barrio LC, el trabajo infantil reproducía la división social y generizada del trabajo, pues las niñas no podían ingresar en el terreno de “los cuida autos”, ni tampoco eran invitadas a “tomar la Coca” con el dinero que los niños conseguían, si bien formaban parte del mismo conjunto de amigos/as. Las propias relaciones entre grupos reforzaban la doble subalternidad de las niñas: por ser niñas y por ser mujeres su inclusión en prácticas de trabajo se encontraba limitada y restringida, no sólo por los propios niños, sino por parte de los/as adultos/as que las comprometían en el trabajo (no remunerado) de cuidado de hermanos/as menores y/o en el desarrollo de tareas domésticas como limpiar el

---

<sup>7</sup> Me interesa señalar aquí las experiencias de niñas y niños trabajadores políticamente organizados y movilizados en la reivindicación de sus derechos, como es el caso del movimiento de niños y niñas trabajadores en Perú, conocido como NATS (Niñas/os y Adolescentes trabajadores/as), la experiencia brasileña del “Movimento dos Trabalhadores sem Terra” (MST) que en 1994 originó el colectivo de los niños y las niñas “Sem Terrinhas”, o la experiencia de los niños y las niñas organizados en la “Asamblea REVELDE”, la “Asamblea Pampa Rebelde” y “Rebeldes de Carcova”, en Buenos Aires, Argentina, cuyas organizaciones dirigidas por niños y niñas entre 7 y 17 años de edad combaten desde una “perspectiva niña” (Morales y Magstris 2018) en asuntos comprometidos con el trabajo infantil, la protección integral de la infancia y el maltrato infantil. Una de sus mayores reivindicaciones busca el reconocimiento de sus contribuciones sociales y culturales, a partir de sus iniciativas, propuestas y producciones, diferenciando el trabajo digno de la explotación infantil y reclamando por las condiciones de desprotección, ocultamiento e invisibilización de sus actividades. En estos casos, la agencia infantil se comprende desde prácticas, discursos y dispositivos más explícitos y desde otra reflexividad que se conecta con procesos sociales, políticos y culturales de larga duración.

hogar y/o hacer los mandados para comprar alimentos u otros suministros cotidianos.

La vida de las niñas estaba más enmarcada en sus hogares y sus obligaciones, en las instituciones y “salir a la calle” era un derrotero sólo en el caso de aquellas que disputaban ese lugar. Así, por ejemplo, Agustina era una niña con buenas calificaciones que en el barrio se juntaba con Melina, quien había repetido de grado y tenía una presencia muy activa en el territorio pues era usual que pasara largas horas fuera de su casa; ambas afirmaban, refiriéndose a las situaciones de algunas niñas de su edad:

A: Nosotras queremos trabajar atendiendo en el kiosco, pero los adultos no quieren, no te preguntan, no quieren pagar para que trabajemos, trabajan entre ellos, y los chicos, los varones, van al cementerio y cuidan autos y se hacen la plata, y a nosotras tampoco nos dejan ir, no podemos ir a ningún lado, sólo salir a comprar (Entrevista a niña, escuela, 2017).

Sin subestimar la importancia de problematizar desde las intervenciones estatales la cuestión del trabajo infantil, destaco cómo estas actividades infantiles posicionan en especial a estos niños como plenos agentes de sus vidas, sin expirar en la victimización y/o en la exploración, ni quedar abyectos de la escuela, pistas analíticas que requieren ser pensadas en el horizonte de la cuestión social de la infancia.

### ***Niños y niñas que salen a pedir en la calle y en las instituciones del barrio LP: trayectorias generizadas***

En el barrio LP, me interesa introducir cómo algunos niños que vivían en condiciones de pobreza desarrollaban prácticas para pedir recursos (preferentemente alimentos, no dinero) en las instituciones y/o en la calle, dentro del propio vecindario. Las modalidades infantiles para acumular capital social y a partir de estas redes de relaciones recaudar otros beneficios, resulta un aspecto poco explorado en los estudios de la infancia, en el cual me detengo en esta oportunidad.

Esto opera entre una razonabilidad, una historia social hecha cuerpo, internalizada y una reflexividad “in situ” que se hace discurso y exalta ciertas características del cuerpo y de la vida que de lo contrario pueden pasar inadvertidas.

Cabe decir que no todos los niños con los que tuve contacto en este barrio “pedían en la calle”, sobre todo, esta actividad estaba vinculada con los niños (con cierta excepcionalidad en las niñas) integrantes de algunas familias en

situaciones de pobreza más estructural o intergeneracional. Otros niños sólo acompañaban la actividad de “salir a pedir” de modo más esporádico, como una forma de socialización y de estar con amigos del mismo vecindario, pero no cultivaban ese tipo de relaciones con los/as adultos/as como comerciantes, agentes estatales, referentes de organizaciones comunitarias y/o vecinos/as pertenecientes a familias económicamente más acomodadas dentro del territorio.

Las edades para “salir a pedir” variaban, no obstante, los adolescentes o jóvenes se solían retirar de esta tarea que según relataban les daba cierta vergüenza y en todo caso usaban otras redes para obtener bienes en lo amplio de la ciudad, desde prácticas de trabajo formal y/o informal como “changas”<sup>8</sup> u otras vinculadas con actividades ilícitas. De algún modo, el ser adolescente ya no moviliza la misma afectividad entre los/as adultos/as y “salir a pedir” deja de funcionar efectivamente; si bien esto no se vivencia como un costo-beneficio, es posible considerar que las prácticas tienen corolario práctico en el sentido que aseguran (o no) la propia supervivencia.

Asimismo, encontré diferencias en las formas de obtener bienes entre los hermanos de una misma familia, porque toda práctica incorporada en una trayectoria modal familiar (Bourdieu 1979), también es modificada y depende de las condiciones contextuales actuales: mientras el hermano mayor de este grupo solía mostrarse más simpático y cariñoso con quienes sostenía sus intercambios cuando era niño, Matías, con 11 años de edad, era más distante, sin embargo, construía tramas materiales, sociales y territoriales.

Bajo esta discusión, el concepto de trabajo relacional de Zelizer (2009) me permite enfocar detenidamente cómo estos niños fundaban lazos y sociabilidades con otros (pares y adultos/as) desde donde movilizaban capitales (en el sentido más relacional del término), afectividades y atenciones.

La resolución económica se teje aquí más cercana a las relaciones íntimas y afectivas que la niñez imprime en las relaciones sociales, así la sacralización de la infancia (Zelizer 2009) está unida particularmente a su productividad. A su vez, como ya mencioné, esta posición infantil ambivalente es foco de tensiones (Miller 2005) desde el actual paradigma de derechos inaugurado con la Convención Internacional de los Derechos del Niño (1989) que apunta a la protección de la infancia por sobre su participación en arreglos de trabajo.

El mencionado trabajo relacional (Zelizer 2009) incluye la institución de vínculos diferenciados y formas complejas de mantenimiento, reformulación o finalización de esos lazos. De esta manera, “pedir en el barrio” involucraba cultivar capital social y sostener afectos por fuera del hogar, por tanto, estas prácticas infantiles de limosneo son auténticas prácticas de producción e

---

<sup>8</sup> La palabra *changa* es un término que se utiliza de manera corriente en Argentina y que significa trabajo informal y temporal, generalmente de corto plazo.

intercambio con algún vecino, en algún negocio, o incluso en el marco de las instituciones.

Ahora bien, solicitar bienes en lo extenso del barrio, de manera improvisada, no era exactamente igual a las modalidades de demandar en ciertas instituciones (estatales y/o en espacio socio-comunitarios), donde se ponían en juego singulares reciprocidades y afectos con los/as adultos/as referentes. Solicitar recursos, por ejemplo, los bolsones de comida en el Municerca (Área de Descentralización Municipal) y/o llevarse alimentos sobrantes de la merienda en el CAI (Centro de Actividades Infantiles), involucraba determinada planificación, en principio, asistir regularmente al lugar en el momento en que se distribuyen los recursos, conocer a los agentes estatales intervinientes, tener buenos vínculos con ellos y participar de las ofertas (por ejemplo educativas) que se suelen ofrecen en esos espacios. Interactuar con vecinos en el vecindario y/o con desconocidos en la calle enlazaba otro tipo de relación más contingente. Por esta razón, el trabajo relacional supone diferentes afinidades en función del uso de las oportunidades y del capital social y afectivo acumulado en las trayectorias sociales e individuales de los niños.

Matías, por ejemplo, solía tener el cuerpo tenso, ser de poca palabra, su recorrido “infructuoso” por lo escolar lo hacía sentir inseguro muchas veces para conectar con otros y su presentación corporal era, en general, “desprolija”. En varias oportunidades, puede observar cómo conseguía recursos pidiendo en la calle, en los negocios y/o en casas particulares. Casi que no hablaba, entraba y todos parecían conocer quién era este niño, qué hacía ahí, pues las situaciones de pobreza de su familia eran reconocidas en el barrio (incluso en la ciudad por parte de los agentes municipales), situación que lo estigmatizaba y, a su vez, abría un espacio de maniobra (Haney 2002) para una particular resolución de su vida material. Matías era directo para solicitar los recursos, no solía argumentar motivos, ni expresar demasiados “modales”, muchas veces esperados por los/as adultos/as que lo asistían. Si bien Matías no construía explícitamente encuentros afectivos con los/as adultos/as del barrio que le brindaban recursos, acuñaba capital social y simbólico por su propia biografía social para lograr las transacciones:

De camino Matías se paró en una casa, tocó la puerta y pidió ciruelas, sin demasiada conversación, preguntó, sin decir hola, ‘¿hay ciruelas?’, la señora que me vio y me saludó amablemente, le preguntó si tenía una bolsa, como Matías no llevaba una, ella le dijo que no le iba a dar. Matías le hizo un gesto mostrándole que podía improvisar una especie de bolsa con la remera, la señora le respondió que se le iban a caer. Matías la miró sostenido la mirada, como dándole a entender que le de las ciruelas pues él podía arreglarse con el traslado de las frutas. Finalmente, ella se las entregó, sin más intercambios. En este transcurrir,

Matías nos dijo, a mí y al resto de sus hermanos que nos adelantemos, no para esconder la situación sino para asegurarse de que sea él quien gestione el pedido. Luego al llegar al centro vecinal [donde tenían lugar los talleres de educación popular] convidó a todos durante la jornada, como solía hacer (Nota de campo, barrio, 2017).

En estos itinerarios circulaban miradas morales sobre cómo actuar con este niño y cómo él se dirigía hacia los demás: su presentación no fielmente elaborada como “niño pobre” habilitaba un socorro material y moralista al mismo tiempo que Matías reunía y utilizaba cotidiana y pre-reflexivamente.

Por su parte, Mariano, perteneciente a otro grupo familiar del lugar quienes vivían en situación de pobreza, se desenvolvía muy bien con los/as adultos/as, en general, era muy afectuoso, solía sostener conversaciones, contar aspectos de su vida, así como resguardar información que pudiera desembocar en intromisiones no deseadas por él<sup>9</sup>. Era notable cómo “conquistaba” a ciertos agentes estatales con su simpatía, pues era reconocido en las instituciones. Durante varias jornadas, el Municipio articuló con los talleres de educación popular y brindó en este espacio intervenciones artísticas sostenidas por un grupo de trabajadoras del museo municipal. Fue significativo como en poco tiempo Mariano estableció lazos de cercanía con ellas. A partir de allí, él lograba tener una participación especial en las actividades, recibir atenciones personalizadas, así como estas mujeres se mostraron atentas y preocupadas por la vida de Mariano por fuera del taller. Aquí el capital social y afectivo acumulado, le permitía a Marino acceder a otros bienes de tipo culturales, no necesariamente económicos.

En el barrio Mariano también tenía una serie de “amigos adultos”, con quienes manifestaba sostener vínculos para la obtención de recursos. En ocasiones, esto me generaba cierta preocupación pues no era claro qué otros tipos de intercambios implicaban esos “amigos”, a qué situaciones se exponía Mariano

---

<sup>9</sup> En algunas oportunidades el Estado municipal había intervenido desde la Secretaría de Niñez Adolescencia y Familia (SENAF) para desvincular a este niño de su ámbito parental, evaluando sus derroteros sociales y familiares como negativos, no obstante, muchas veces las declaraciones (u omisiones) del propio Mariano imposibilitaban que se lleven a cabo estas acciones de institucionalización u otras buscadas por los agentes estatales.

Amy Thompson, Rebecca María Torres, Kate Swanson, Sarah Blue y Óscar Misael Hernández Hernández (2017) hallan que los niños migrantes ante agentes estatales hacen uso de las informaciones que brindan sobre su circulación para escapar a ciertas interrogaciones. En sintonía con lo que definen como conversación estratégica y protección de la información, encuentro que Mariano resguardaba los datos que brindaba sobre sus derroteros en pos de utilizar esos relatos fragmentados para evitar o, en ocasiones, resaltar lugares de victimización y/o impedir que los/as adultos/as, en especial agentes del Estado, se entrometan en sus desplazamientos y formas de vinculación con otros en el territorio.

al andar tanto tiempo en la calle, a veces en el barrio vecino, en su bicicleta y/o caminando. El hecho de que Mariano se viera comprometido en compensaciones con otros que no podía o no quería explicitar, expresa la complejidad del trabajo relacional para el sostenimiento de la vida material y simbólica en estos contextos desiguales.

Otros niños del barrio LP, aunque su supervivencia no dependía de las prácticas de limosneo, sí se mostraban conocedores del territorio, sus instituciones, establecían vínculos con los vecinos y se revelaban hábiles y desvergonzados para resolver situaciones que se les presentaban en pos de su bienestar material y social. Por ejemplo, de camino a la pileta municipal, durante unas tardes de verano compartidas con ellos, registré cómo un grupo de niños se las ingeniaron para conseguir agua sin tener que comprar, en un día de mucho calor, aunque estos niños no solían “salir a pedir” como Matías y Mariano. Los niños reconocían cuáles eran las casas en cuyos patios y/o verdeadas las canillas estaban expuestas y en ellas se podía sacar agua sin pedir permiso. Además, conocían cuáles eran los/as vecinos/as amables que les brindaban este recurso u otros similares; al mismo tiempo solían divertirse a partir estas peticiones e interactuando con adultos/as en las calles.

En efecto, “salir a pedir” se enredaba con formas de socialización según edades y grupos que compartían heterogéneas situaciones de vida dentro de un mismo territorio. “Salir a pedir” se vinculada, asimismo, con modalidades de transitar el territorio y simbolizar la vida que no se reducían a asegurar la mera subsistencia.

En esta línea, estos repertorios también significaban una forma de presentarse en la ciudad en tanto “niños astutos”, presentación que no era perfectamente formulada, más bien operaba disposicionalmente. Voy a retomar una escena que podría extenderse para otros recorridos y acciones de los niños por fuera del barrio: así, por ejemplo, cuando salimos con niñas y niños desde el taller de educación popular para dar un paseo por el museo municipal, dos de ellos se adelantaron y uno, Lisandro hermano de Matías, de similar edad, pasó corriendo y agarró una naranja que estaba en un cajón de una verdulería cercana a las instalaciones de la galería de arte. Algunas niñas pertenecientes a las familias con mejores condiciones económicas y laborales dentro del barrio vinieron a acusar sobre la situación, encanalizadas, quienes minuciosamente buscan marcar distinciones (Bourdieu 1979) con este grupo de niños a partir de esta declaración.

De tal modo, me acerco para conversar con los niños; en ese momento, los implicados en la escena intentan desvincularse y tiran la naranja debajo de un auto estacionado en la calle, como anticipando mi reto. Sin embargo, les advierto que, si ya habían sacado la naranja que se la coman, en una actitud relajada pero

que reservaba cierta moralidad sobre “no robar”, “no mentir” y “no tirar la comida” y sobre todo “no pedir” en el marco de las salidas recreativas del taller. En este punto mi filiación como tallerista no lograba problematizar las implicancias de esta estrategia infantil, antes de la presente reflexión, pues la intensidad de la vida no es igual al tiempo de la ciencia (Bourdieu, Chamboredon y Passeron 2002). Frente a mi reacción adulta, los niños me respondieron entre risas “*estamos jugando*” disputando otras direcciones alternativas para sus prácticas; significaciones que no se agotan en la fotografía de un “niño pobre”, que sale a pedir para comer cada vez que recorre la ciudad. El actual “*estamos jugando*” delinea heterogeneidades con el anterior “*no estamos jugando*” de los niños cuidadores de autos, pues en ambos casos la búsqueda de recursos involucra diversas relaciones de reproducción en las experiencias infantiles.

Por otro lado, vale señalar que en el barrio LP y en el marco del taller de educación popular, muchas niñas solicitaban no sólo alimentos que sobraban de la merienda, además pedían ropa, calzado o accesorios (anillos, pulseras, etc.) a las educadoras, desde una especie de complicidad entre mujeres, a pesar de las distancias de clase. Estos pedidos desequilibraban las intencionalidades políticas de los/as educadores/as, quienes rechazaban formas asistencialistas en las interacciones con niños y niñas de clases populares e interpretaban estas acciones en esa clave, no obstante, a veces se rendían ante las estrategias infantiles.

En tensión con esas aspiraciones políticas, cotidianamente se iba produciendo una especie de economía moral (Thompson 1981) que entreteje normas y obligaciones sociales, usos y formas, emociones profundas, lo tolerable y lo legítimo en las reciprocidades intergeneracionales. Las niñas demandaban recursos de belleza, considerados por parte de las educadoras como aspiraciones no directamente relacionadas a los objetivos políticos del taller. Las niñas vehiculizaban tales demandas controvertidas en relaciones de cercanía con las talleristas. Cuando estaban a solas con alguna de ellas, de modo cauteloso, abrazándolas o tocándoles el pelo, las niñas expresaban su admiración por el accesorio ajeno (sea un anillo, una pulsera, etc.) y el deseo de tenerlo, consultando si las adultas no tenían de “*sobra*” para que sean entregados. La obtención de estos bienes aparecía entonces como necesaria y deseada. Así en ocasiones se regalaban de manera personalizada objetos de este tipo, lo que complejiza los puntos de partida y los objetivos de las intervenciones.

El sujeto infantil subalterno, se ve obligado, incluso en instituciones que no pretenden reproducir estas posiciones, a exponerse desde su cuerpo y/o por su discurso, lo que no clausuran las posibilidades de agencia en niñas y niños.

Es significativo reconocer además que, a la movilización de identidades para acceder a recursos procesada por mujeres adultas de clases populares, se suelen contraponer maneras de regulación de la autonomía femenina y formas

de deslegitimación de estas maniobras por parte de los agentes estatales quienes catalogan a estas mujeres como “no merecedoras” de ciertos beneficios (Medan 2016). Contrario, las peticiones y los modos de gestión de las niñas, en ocasiones, admiten que los agentes que las asisten pongan en valor (desde una matriz afectiva) el lugar social de la niñez dando cauce positivo a las estrategias infantiles. Así, la misma práctica aprendida por una trayectoria de clase tiene efectos diversos según los lugares de edad y de género.

Por último, vale indicar que, si bien generalmente los niños del grupo familiar eran los proveedores de los recursos desde amplias actividades e interpelaciones hacia los/as adultos/as, como las antes relatadas, eran las niñas, frecuentemente las hermanas mayores, quienes se encargaban de distribuir estos bienes, de administrarlos y de gestionarlos según el comportamiento que evaluaban en el resto del grupo, reservando un cuidado especial hacia “los más pequeños” de la familia. Además, ellas solían decidir cuándo y cómo compartir los bienes con otros niños/os (o adultos/as) externos al parentesco:

Durante un recorrido por el barrio, Matías pide agua en una casa porque dice tener sed, la señora sale con una botella de jugo, él no le dice mucho, y se retira contento. Apenas lo ve su sobrino menor, Tadeo, se acerca para tomarle el jugo. Matías le corre las manos de la botella, entonces su sobrino se larga al suelo y empieza a llenarse de tierra, expresando malestar por la reacción de Matías. En ese momento interviene su hermana, madre adolescente de Tadeo, y le dice de mal modo a Matías que el otro es más pequeño, le saca la botella de las manos, lo agarra de los pelos a su hijo y lo levanta del suelo. Ella me ordena a mí que le ‘agarre’ a su otra hija bebé. Luego Matías le pide jugo a la mayor que ahora administra la botella. Ella primero le da de tomar a sus hijos, los más pequeños, me convida a mí y bebe. Matías sigue reclamando el jugo y ella se lo niega. Matías se larga a llorar muy angustiado y se aleja del grupo en su bicicleta. Más tarde la convenzo a su hermana mayor para que le convide jugo, pero él es ahora quien se niega a recibirlo, se nota cansado de tener que ser grande, cuando no tiene muchos años. Ya en el centro vecinal Matías se relaja y bebe el jugo entre pequeños suspiros a causa del llanto (Nota de campo, taller-barrio, 2017).

Las escenas anteriores advierten, en principio, que la sumisión de las niñas en los procesos de producción, distribución e intercambio, no opera como destino fatal, ni lineal, y no puede extenderse a todas las trayectorias sin más; su análisis demanda continuar profundizado en estas perspectivas.

## Discusiones

El trabajo es una actividad de creación, de transformación de sí y de las relaciones en el mundo (Marx 2017). El trabajo en las sociedades actuales continúa organizando sistemas de derechos, por ejemplo, en relación con el consumo, así distribuye propiedades y constituye diferencias sociales (Mintz 2008).

En diálogo con estos enfoques niñas y niños también pueden ser considerados como sujetos definidos por aquello que hacen y, a su vez, por aquello que los demás y las circunstancias provocan sobre sus experiencias. El trabajo infantil, muchas veces invisibilizado y denegado, incluso cuando no se objetiva en una cosa u excedente de cambio, produce valor de uso, esto es, interacciones sociales amplias cultivadas por las infancias que “están allí” moviendo la arena de lo social.

En este artículo intenté detenerme entonces en las relaciones sociales que vienen sosteniendo niñas y niños de clases populares en lazo con otros grupos, así como en las intersecciones entre sus estrategias de vida (no necesariamente calculadas, ni emancipadoras) y sus condiciones materiales de existencia.

Procuré avanzar interpretando múltiples experiencias infantiles en pos de dar a conocer cómo niñas y niños producen, piden, circulan, juegan, están con otros, participan en las instituciones y en las organizaciones socio-comunitarias, entre otras prácticas antes cartografiadas en contextos de pobreza urbana en una ciudad del interior del país, como es Villa María (Córdoba, Argentina).

Las trayectorias de las niñas y los niños de clases populares aquí investigadas expresan relaciones con actividades productivas diversas, que superponen espacios y tiempos, privados y públicos, mientras complejizan las propias dinámicas de las estrategias domésticas, de sus grupos de pares y de los abordajes institucionales, como es el caso del mencionado taller de educación popular.

Las prácticas y relaciones de niñas y niños antes mapeadas se tejen en las tramas cotidianas de sus territorios desde una densa relación con las disposiciones sociales. No se trata de un cálculo mecánico, pero no por eso son prácticas menos tácticas y disruptivas, enlazadas a una historia social de larga duración que no es lineal.

Por tanto, para demostrar la capacidad de agencia infantil no hace falta exaltar la reflexividad y la acción meramente coyuntural como lo vienen sosteniendo las tradiciones teóricas de los nuevos estudios de la infancia, especialmente desde el ámbito anglosajón (James y James 2008; Jenks 1996; Qvortrup, Corsaro y Honig 2009; Corsaro 2005). Resulta menester explicar cómo la agencia infantil se conecta, en diversas temporalidades y desde diferentes

itinerarios de acción, con los procesos estructurales de reproducción social que justamente busca trastocar, incluso si de manera más vale provisional.

En particular, la disposición y la presión para “pedir” propia de las trayectorias modales enclasadadas (Bourdieu 1979) se renuevan en los repertorios de acción de las niñas y los niños en función de vínculos con otros y sensibilidades actuales. Demandar recursos en el marco de las instituciones u organizaciones sociales envuelve en una compleja matriz material, afectiva y moral a niñas, niños y adultos/as.

Los apartados anteriores intentaron, en efecto, exponer la heterogeneidad de estas experiencias de niñas y niños que producen, intercambian y acumulan bienes, cultivan lazos y reconvierten capitales, mientras juegan y organizan itinerarios de ocio, sin desentenderse de su paso por la escuela. En otros términos, el involucramiento infantil en los derroteros del trabajo, como los revisados, no clausura la posibilidad de que niñas y niños asistan regularmente a las instituciones educativas formales. Los hallazgos muestran que niñas y niños incluso en condiciones de subalternidad riñen (sin necesariamente pronunciarlo) por ser reconocidos como agentes sociales y sujetos de conocimiento, dentro y fuera de la escuela.

Niñas y niños disputan, conjuntamente, el valor social de sus prácticas de producción en distancia con otros grupos sociales y generaciones, fundando una identidad inestable que no es precisamente la de un niño/a trabajador/a ni la de un sujeto puramente ingenuo e infantilizando. Así pues, si cuidar autos a cambio de retribución económica era interpretado por los niños de LC como una actividad socialmente relevante, los niños que salían a pedir con amigos o hermanos en LP, de modo más improvisado como parte de su socialización territorial, no se esforzaban por poner en valía estos itinerarios, lo que igualmente advierte sobre la complejidad de los significados involucrados. Estas superpuestas adscripciones infantiles reclaman, en el mismo acto, el derecho a jugar y a conseguir bienes a pesar de las privaciones. En ninguno de los casos niñas y niños sucumben sin más en el marco de las relaciones de desigualdad social existentes.

Esta multiplicidad social y el carácter político de niñas y niños como productores del mundo que habitan convoca, en principio, a revisar los enfoques restrictivos y homogeneizadores sobre niñas y niños que trabajan.

A pesar de los sentimientos morales hegemónicos actuales que pretenden la sacralización y el resguardo de la infancia (Zelizer 2009), es necesario continuar interrogando contextualmente las resoluciones infantiles en el marco de la precariedad de su vida (Lorey 2018).

Este carácter productivo y complejo del trabajo cuestiona las imágenes homogéneas que ilustran a niñas y niños como vulnerables y dependientes, así

como impugna las moralidades descontextualizadas sobre la infancia: no es posible ocultar que niñas y niños en contextos de desigualdad social están participando de los procesos de reproducción social, dándole nuevas direcciones, que requieren ser pensadas.

Ampliar la imagen de sufrimiento de la infancia trabajadora, apuesta a no fijar lo social (Latour 2008) y a rastrear, situacionalmente, cómo niñas y niños sostienen extensas prácticas productivas en sus entramados sociales y cómo procesan los sentimientos morales y los modos de gestión (estatales e institucionales) que recaen sobre ellas y ellos. Resta examinar más detenidamente a las políticas sociales disponibles para la infancia y cómo estas diseñan el terrero de las exclusiones sociales, que sortean niñas y niños desde sus estrategias de reproducción situadas.

En efecto, advierto como línea de investigación futura que la categoría trabajo infantil usada en las investigaciones sociales puede encubrir ciertas prácticas, relaciones y sentidos que configuran las complejas experiencias infantiles, así como las particularidades del contexto en el que ocurren (Frasco Zuker 2019).

Resulta necesario pensar “con y contra” la noción de trabajo infantil, sin negar aquí los movimientos sociales de niñas y niños trabajadores que sí reivindican políticamente este lugar de enunciación (Morales y Magistris 2018). El rechazo como praxis analítica (McGranahan 2016; Llobet 2021; Fatyass 2021) inaugura aquí la posibilidad histórica de conocer y reconocer de otros modos las experiencias de niñas y niños. Coloco estas discusiones a propósito de reimaginar los estudios sobre las infancias que “trabajan el mundo que habitan”, en sentido amplio.

Por ello, la apertura de este trabajo intenta salir de conceptos cerrados para reflexionar sobre las experiencias infantiles reconociendo su politicidad, ambivalencia y multiplicidad.

En definitiva, emergen dos interrogantes latentes: cómo no borrar las amplias prácticas productivas de niñas y niños de las laberínticas y asimétricas tramas de lo social y cuáles son las condiciones locales para materializar los derechos de las infancias sin reificar las experiencias de niñas y niños en contextos de desigualdad en América Latina.

Sin caer en un progresismo académico ingenuo y despreocupado y a favor de una infancia emancipada y plena en diálogo con la perspectiva de derechos vigente, resulta necesario continuar examinando cómo niñas y niños viven, significan, resuelven e incluso padecen sus condiciones de existencia. Cómo ellas y ellos sostienen asertivamente la vida y qué escenarios los oprime, en suma, cómo estos derroteros infantiles enclasados, generizados y situados configuran posibilidades y límites (Williams 1997) en el bienestar de estas infancias.

## Bibliografía

- Adkins, Lisa y Berbeley Skeggs. 2003. *Feminism after Bourdieu*. Chichester: Blackwell.
- Allegando, Cecilia. 2017. *Sirvientes, criados y nodrizas: una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires: fines del siglo XIX y principios del XX*. Buenos Aires: Teseo.
- Bourdieu, Pierre. 1979. *La distinción. Criterios y bases del gusto*. Madrid : Taurus.
- Bourdieu, Pierre, Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron. 2002. *El oficio de sociólogo: presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Corsaro, Williams. 2005. *The Sociology of Childhood*. Newbury Park, CA: Forge Press.
- Fassin, Dider. 2016. *La razón humanitaria. La historia moral del tiempo presente*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Fatyass, Rocío. 2019. *Cartografía de una escuela para clases populares*. Argentina: Eduvim.
- . 2021. "Refusals of working childhood? Moralities, politics and epistemes". *Reimagining Childhood Studies*. Translated to English by Andrea Cortés Saavedra, <https://reimaginingchildhoodstudies.com/refusals-of-working-children/>
- Frasco Zuker, Laura. 2019. "Cuidar a la gurisada. Etnografía sobre trabajo infantil y cuidado en la localidad de Colonia Wanda Misiones". Tesis de doctorado, Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín.
- Frasco Zuker, Laura, Rocío Fatyass y Valeria Llobet. 2021. "Agencia infantil situada. Un análisis desde las experiencias de niñas y niños que trabajan en contextos de desigualdad social en Argentina". *Horizontes Antropológicos* 27 (60): 162-190.
- Fraser, Nancy. 2015. "Las contradicciones del capital y los cuidados". *New Left Review*, 100: 112-132.
- Freidenraij, Claudia. 2020. "La infancia y la diversidad de arreglos familiares". *Clase de la Capacitación universitaria extracurricular Infancias Contemporáneas. Un enfoque histórico-social y antropológico*. Facultad de Filosofía y Letras-UBA, 2ª cohorte, agosto/septiembre de 2020.
- Guber, Rosana. 2001. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma.
- Haney, Lynne. 1996. "Homeboys, Babies, Mens in Suits: The State and The Reproduction of Male Dominance". *AMERICAN Sociological Association* 61 (5): 759-778.

- Haraway, Donna. 1988. "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective". *Feminist Studies* 14 (3): 575- 599.
- Hernández, María Celeste. 2017. "Andar afuera. Un análisis de la experiencia infantil urbana en contextos socio urbanos de pobreza en La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina". IV Simposio Internacional, Encuentros Etnográficos con niñas, niños, adolescentes y jóvenes en contextos educativos y I Simposio Internacional de Investigaciones Cualitativas con participación de niñas, niños, adolescentes y jóvenes.
- James, Allison y Adrian James. 2008. *Key concepts in childhood studies*. London: Sage.
- Jenks, Chris. 1996. *Childhood*. London: Routledge.
- Lancy, David. 2012. "Unmasking children's agency". *AnthropoChildren* 2 (1): 1-20.
- Latour, Bruno. 2008. *Resemblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Lenoir, Remi. 1993. "Objeto sociológico y problema social". En *Iniciación a la práctica sociológica*, coordinado por Champagne, Patrick. México: Editorial Siglo Veintiuno.
- Liebel, Manfred. 2016. "¿Niños sin Niñez? Contra la conquista poscolonial de las infancias del Sur global". *Revista Digital de Ciencias Sociales* 5: 245-272.
- Llobet, Valeria. 2021. "Everyday violence and childcare in the Global South. Refusal as useful theoretical and methodological tool". *Reimagining Childhood Studies*, <https://reimaginingchildhoodstudies.com/childhoods-refusals/>
- Lorey, Isabell. 2018. *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Marx, Karl. 2017. *El Capital. El proceso de producción del capital. Tomo I*. Argentina: Siglo Veintiuno.
- Mayall, Berry. 2002. *Towards a sociology for childhood*. Buckingham: Open Univerity Press.
- Maynes, Marjorie. 2008. "Age as a category of historical analysis: history, agency, and narratives of childhood". *Journal of the History of Childhood and Youth* 1(1): 114-124.
- Medan, Marina. 2016. "La prevención social del delito juvenil y regulación de la autonomía femenina. La construcción social del riesgo de ser madres solas". *Revista Argumentos* 18: 258-283.
- Miller, Palva. 2005. "Useful and Priceless Children in Contemporary Welfare States". *Social Politics: International Studies in Gender, State and Society* 12 (1): 3-41.

- Mintz, Steven. 2008. "Reflections on age as a category of historical analysis". *Journal of the History of Childhood and Youth. The Johns Hopkins University Press* 1 (1): 91-94.
- Morales, Santiago y Gabriela Magistris, (coordinadores). 2018. *Niñez en movimiento del adultocentrismo a la emancipación*. Buenos Aires: Chirimbote, Ternura Rebelde, Editorial El Colectivo.
- Padawer, Ana. 2010. "Tiempo de estudiar, tiempo de trabajar: la conceptualización de la infancia y la participación de los niños en la vida productiva como experiencia formativa". *Horizontes Antropológicos* 16: 349-375.
- Palomo Martín, María Teresa. 2008. "Domesticar el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados". *Cuadernos de Relaciones Laborales* 26 (2): 13-44.
- Pavcovich Paula, Rocío Fatyass, Andrea Iriarte y Lucila Ochoa. 2019. "La reproducción de las infancias en situación de pobreza: entre lo territorial y lo institucional". III° Congreso de la Asociación Argentina de Sociología (Pre-ALAS Perú 2019) y II° Jornadas provinciales de Sociología de San Juan, Argentina.
- Puig de la Bellacasa, María. 2017. *Matters of Care. Speculative Ethics in More Than Human Worlds*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Qvortrup, Jens, Corsaro, Williams y Honig, Michael-Sebastien. 2009. *The Palgrave handbook of childhood studies*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Rausky, María Eugenia y Begoña Leyra Fatou. 2017. "Estudios socio-antropológicos con niños y niñas trabajadores. Una apuesta reflexiva sobre dos experiencias en América Latina: México y Argentina". *Papeles de Trabajo* 33: 53-63.
- Remorni, Carolina y Juan Augusto Laplacette. 2020. "Repensando las ecologías del cuidado infantil: Agencia y reciprocidad en dos comunidades de Argentina". *AFIN* (125): 2-15.
- Szulc, Andrea. 2019. "Más allá de la agencia y las culturas infantiles. Reflexiones a partir de una investigación etnográfica con niños y niñas mapuche". *Runa* 40 (1): 53-64.
- Tilly, Charles. 2000. *La desigualdad persistente*. Argentina: Manantial.
- Thompson, Amy, Rebeca María Torres, Kate Swanson, Sarah Blue y Oscar Misael Hernández. 2017. "Reconceptualising agency in migrant children from Central America and Mexico". *Journal of Ethnic and Migration Studies* 2 (45): 235-252.
- Thompson, Edward Palmer. 1981. *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica.
- Williams, Raymond. 1997. *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Editorial Península.
- Zelizer, Viviana. 2009. *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

**Rocío Fatyass** es Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Villa María (UNVM), Licenciada en Sociología (UNVM) y Becaria Interna Posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con línea de investigación en experiencias de infancias de clases populares en contextos de pobreza. Actualmente, dirige el proyecto de extensión universitario “Niñxs investigadorxs: experiencias protagónicas de conocimiento con niñas y niños de la zona Ex Matadero, Villa Nueva”.

**Contacto:** rociofatyass@gmail.com

**Recibido:** 02/06/2021

**Aceptado:** 15/11/2021